tenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñia como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lomas de San Gerónimo; el otro por el de Anzaldo, ámbos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltos en tropel, soldados, mulas, caballos sin ginete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y mugeres que dando alaridos, discurrian por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

Al retirarse tambien en tropel confuso los que tomaron el camino de Anzaldo, se encontraron con la columna de los americanos que habia avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los gefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

Antes de llegar al puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Valencia supo que Santa-Anna no habia salido de San Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercioró de la derrota. Entónces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con direccion, segun dijo, á San Angel; pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa-Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus habia dado órden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

En el puente merece una especial y honorífica mencion el Sr. general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desórden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejon, detuvo un tanto la dispersion, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumó, sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia, y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital.

CAPITULO XVIII.

PUENTE DE CHURUBUSCO.

Poco tiempo despues de los primeros cañonazos que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa-Anna salió de San Angel para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientas varas se habrian andado: los soldados marchaban atraidos por el iman del combate, trabado por sus camaradas. A las detonaciones de la artillería sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente, percibiéndose despues algunos tiros parciales. ¡Eran la agonía del ejército del Norte! Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas: no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

Inmediatamente dispuso el general Santa-Anna hacer con esta fuerza, y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre nuestra segunda de defensa, situada en las garitas de México.

Dos ayudantes partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la

garita de la Candelaria, salvando todo el material de guerra y la proveduría existente en el segundo punto. Se ordenó tambien al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangel (denominada de reserva) para la Ciudadela, en número de dos mil infantes, llevando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó por el puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño perdido. La brigada ligera, á las órdenes del general Perez, se retiró por Coyoacan al Puente de Churubusco, para seguir despues á la Candelaria, en número de dos mil y quinientos infantes.

Puesta la infantería en marcha, el general Santa-Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de caballería de la division del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejon, tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Angel. Cuando llegó á Coyoacan, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

Los enemigos seguian en alcance de nuestras fuerzas por la misma ruta, batiéndolas en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, azuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguian de cerca, y á las que no oponian ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rincon y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

El general Santa-Anna dió órden verbal á los primeros, de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitarom en esta vez el heróico ejemplo del valiente capitan, á quien en la guerra de Vendea, dió órden el general Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

Miéntras pasaban estos sucesos, el general Worth, por órden de Scott, atacaba á San Antonio; y como las fuerzas que habia en aquel punto empezaban ya á retirarse, conforme á lo prevenido por el general Santa-Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, miéntras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital. En San Antonio quedaron dos piezas de artillería, una por falta de mulas, y otra por estar atascada:

tambien cayó en poder de los americanos una gran parte del material de guerra.

Los gefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo, siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Por una mala combinacion, la division que venia de Coyoacan, se encontró, al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de San Antonio, perseguida por las fuerzas de Worth, que la daban alcance, despues de haber arrollado, como se ha dicho en el párrafo anterior, á los batallones Nacionales de Lagos, Acapulco y otros piquetes, que quedaron en las obras de la derecha, haciendo una defensa heróica, aunque estéril.

El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente, protejida por las compañías de San Patricio y el batallon de Tlapa.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los piés de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de San Antonio la mayor parte del parque que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por el Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa toda, procedente de los dos rumbos, y esto dió lugar á la pérdida de tantas municiones. Desesperando salvarlas el general Alcorta, se retiró el último de la calzada, al ver que el enemigo penetraba por ella. En estos momentos, las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros del parque abandonado, avanzaron sobre el Puente. El general Santa-Anna que lo notó, mandó contramarchar á la brigada de Perez, la que volvió pocos momentos despues, continuando la demas fuerza para la capital, guiada por el cuartel maestre del ejército. Situó al 1.° ligero en la cabeza del Puente, y á su izquierda al 3.°, 4.° y 11.°, sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. El enemigo avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos:

nuestra artillería é infantería, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de nuestros cañonazos incendia á la vez dos de los carros del parque, abandonados frente á la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los americanos forman una nueva batalla frente á la posicion, y se hace general el combate. Dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa-Anna les envia un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo á las compañías de Tlapa y San Patricio. El general Alcorta reconoce toda la línea: D. Antonio Haro, D. Agustin Tornel, D. Juan José Baz, D. Vicente García Torres y otros dignos oficiales, trasmiten órdenes del general en gefe, y llevan á la línea algun parque conseguido con dificultad.

Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada; circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los americanos se dirigieron á la derecha, siguiendo á los que les precedian. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de San Antonio. Perez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desvandan sus soldados por todas direcciones, tomando algunos la del Peñon. Los enemigos se apoderan del Puente sin mas resistencia, y cañonean á los fugitivos con su misma artillería, abandonada allí por la desaparicion de los armones y tiros de caballos.

En Portales se redobla el ataque: los americanos avanzan; derrámanse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los Húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte: redobla sus esfuerzos para hacerla cargar, y se toca á degüello. Al partir, encuentran una pequeña zapa, que declaran obstáculo, y con este pretesto contramarchan....

El general Santa-Anna con su estado mayor y el general Alcorta se retiran tambien de este punto, que aun queda batiéndose. Se incorpora á la caballería, y desesperado, da de latigazos á varios oficiales que huian. En la calzada se ve un desórden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Los dragones americanos montados en frisones ligeros, alcanzan á nuestra retaguardia, y aumentan el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso. Llega el general Santa-Anna á la garita de San Antonio, y tras él nuestros restos despedazados, mezclados con algunos dragones enemigos, ébrios de sangre. Se disparan en ella cañonazos á metralla, y sesenta infantes que cubren su entrada, rompen un fuego graneado sobre la calzada, alentados por la presencia de los generales Santa-Anna, Alcorta y Gaona, que se los mandan. En este momento penetra por un lado de la muralla un oficial americano, con uniforme azul, montado á caballo, con espada en mano, descargando tajos; cae herido sobre la esplanada: muchas espadas se desnudaron para matarlo; pero otras tambien lo hicieron para defenderlo al verlo caer. Se levantó desarmado, pero radiante de valor, y sonriendo de felicidad á las puertas de la capital. El fuego cesa, porque desaparecen en la calzada todos los objetos: muchos de nuestros soldados fueron muertos por sus mismos compañeros, al aproximarse á esta barrera fatal, confundidos con los enemigos.

Eran las cuatro de la tarde: el combate habia empezado á las once: transcurre aun otra hora de mortal espera, en la que aun se perciben ecos lejanos de artillería, por Portales y Churubusco. Vuelven á la garita varios nacionales y soldados á quienes habian retirado al interior de la ciudad. La tarde está pardeando: la naturaleza parece en armonía con la fatal catástrofe acaecida. Oscurécese el horizonte por nubarrones inmensos, que arrojan torrentes de agua sobre nuestros tercios vencidos: la noche envuelve como una gaza negra, en señal de duelo, á la desgraciada capital de la República mas desgraciada.

Se escucha en medio del turbion el compasado andar de silenciosos soldados, que desalentados por el vencimiento, y rendidos por la fatiga, se retiran á sus cuarteles por disposicion del general Santa-Anna, dejando en la garita solamente una pequeña guarnicion. A las nueve de la noche reina ya en las calles de México el silencio de la muerte, interrumpido solo por el galope del caballo de algun ayudante que trasmitia órdenes, ó por la voz de algun centinela que gritaba: "Alerta!"

CAPITULO XIX.

CONVENTO DE CHURUBUSCO.

El ejército americano acababa de alcanzar su primer triunfo en el valle de México, sobre la division del Norte, mandada por el general Valencia; y en las primeras horas de la mañana del 20 de Agosto se preparaba á abrirse paso desde el campo triunfal de Padierna hasta la capital de la República. A la retirada del ejército derrotado siguió, por órden del general en gefe, la de las fuerzas que cubrian los puntos mas avanzados de nuestras fortificaciones por el rumbo del Sur; y mientras la mayor parte se replegaba á México, y otra muy corta resistia á los enemigos en San Antonio y Zotepingo, los defensores del convento de Churubusco se disponian á sostener una accion, que les ha merecido una recompensa honorífica y la gratitud nacional.

Pero nuestras pasiones políticas, que todo lo envenenan, se han cebado tambien en ese suceso memorable; y la defensa del convento de Churubusco ha llegado á ser un hecho controvertido, materia de polémicas y cuestiones de partidos. Nosotros no entrarémos en ese terreno vedado: constantes en nuestro propósito de no enconar los odios, ni contagiarnos nosotros mismos, referirémos sencillla é imparcialmente los acontecimientos, y su simple relato bastará para que los hombres imparciales formen un juicio exacto de aquella funcion de